



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

27 – Las funestas consecuencias de una borrachera

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 27 – Las funestas consecuencias de una borrachera



Volvamos ahora a Kamel, al que habíamos dejado camino del Horân, cargado con las tres *jaznehs* de oro que le había confiado el sultán. Como ya os habíamos relatado anteriormente, noble señores que me escucháis, Kamel tomó la ruta de las Ciudadelas; de modo que pasó cerca de Masyât¹. Ahora bien, ese día, resultó que el capitán de esa fortaleza, *Shâhîn de Masyât, y su hijo, *Dawûd el Iracundo, habían

salido de caza, y, por la tarde, cuando regresaban a su castillo, se encontraron de manos a boca con Kamel, que pasaba por el camino de la parte baja de la ciudadela. Intercambiaron los saludos de rigor, ya que Shâhîn y su hijo, naturalmente, conocían al joven y sabían que era el protegido de Ibrahim.

– Dime, Kamel, ¿adónde vas con todo eso? –le interrogó Shâhîn– ¿Qué transportas en esas cajas?

– Por Dios, capitán, vengo de Hama y voy hacia el Horân a visitar a mi padre, el capitán Ibrahim, y a entregarle estas tres *jaznehs* de oro...

En fin, que le contó toda la historia.

– De todos modos, Kamel, mira que eres descortés –continuó Shâhîn–: pasas delante de nuestra casa, sin detenerte, como si se tratara de una aldea en ruinas o de un cementerio... Vamos, ven a pasar la noche al castillo, y permítenos gozar del placer de tu presencia.

– Te agradezco la hospitalidad, tío mío, pero te ruego que me concedas unos cuantos días, el tiempo justo de entregar esto a mi padre Ibrahim y preguntar por su salud; a la vuelta, no dejaré de visitaros. Como verás, se trata de una misión de la mayor importancia.

– ¡Venga hombre! –protestó Shâhîn– ¡Cómo piensas que habiéndote encontrado al lado de nuestra casa, y a punto de caer la noche, te vamos a dejar partir así! Suponte que tu

¹ Itinerario un tanto raro: Masyât (hoy en día Masyâf) se encuentra en las montañas, al oeste de Hama, mientras que para ir al Horân, Kamel debería haberse dirigido hacia el sur. Pero ésta no es la primera vez en el relato, que la geografía se sacrifica en aras de la narración.

padre Ibrahim se entera: no nos lo perdonaría jamás; eso, sin contar, que no es un hombre que deje pasar fácilmente una afrenta: “¡Cómo! –nos diría– ¡así que mi protegido ha pasado al lado de vuestra casa y no le habéis ofrecido hospitalidad!

– Es que tengo miedo que pase cualquier cosa con los fondos que transporto –explicó Kamel– ¡Llevar tres *jaznehs* no es como para andarse con bromas!

– En eso, te doy toda la razón –aprobó el capitán–. Pero, escucha: no tenemos más que depositarlo en la sala en donde yo guardo mi tesoro. Tú mismo cerrarás la puerta, pondrás tu sello sobre ella, y yo te entregaré las llaves para que las guardes tú toda la noche; al día siguiente podrás partir con las bendiciones de Dios.

Tranquilizado ante estas garantías, Kamel se dejó conducir hasta la ciudadela. Depositado el oro en lugar seguro, como lo habían concertado, y, mientras los hombres de la escolta se instalaban en los lugares comunes, el joven Kamel fue conducido al gran salón. Shâhîn de Masyât ordenó que degollaran unos corderos y se preparó un gran festín. Mientras tanto, el rumor de que Kamel, el hijo del pachá de Hama, era un invitado del capitán, se extendió por toda la ciudadela, y toda la juventud se fue para acompañarle: ¡una buena pandilla de jovenzuelos de su edad! Pues era costumbre entre los ismailíes, que, cuando el capitán de la ciudadela recibía a un huésped de prestigio, invitaba también a todos los habitantes, jóvenes y viejos. Al terminar el banquete, sacaron unas buenas botellas; los hombres de edad que, con sentido común habían renunciado a la bebida, se retiraron discretamente, y sólo quedaron los jóvenes descerebrados, junto con Shâhîn y su hijo Dawûd¹.

Como Kamel era el invitado, todos querían brindar con él para honrarle: apenas había vaciado una copa, cuando ya le habían entregado otra llena, y le pasaron tantas y tan deprisa, que, Kamel, pronto pasó la línea de flotación, y ya no sabía ni donde se encontraba. En fin, que la bebida obraba en él su efecto natural, y, atenazado por una necesidad urgente, se levantó un instante para ir al excusado. Uno de los asistentes se prestó a acompañarle.

– No es necesario –le dijo el joven– Dime solamente donde están los excusados.

Debidamente informado, se precipitó rápidamente al lugar en cuestión, en donde pudo orinar y echarse un poco de agua en la cara: ahora, solo le quedaba encontrar el camino de vuelta al salón de los hombres. En el estado en que se hallaba, esa era una tarea bastante complicada; de modo que no hay que extrañarse que se equivocara de camino y entrara, por error, en la estancia reservada a las mujeres...

¹ Este rasgo es característico de la sociedad tradicional, en donde se considera normal que los jóvenes se extralimiten un poco, ignorando algunas de las normas de la Ley del Islam; recordemos, de paso, que la prohibición de bebidas alcohólicas tiene aquí el mismo status, y es respetado en la misma medida, que la que se aplica a las relaciones sexuales fuera del matrimonio en el cristianismo.

Así que penetró allí, y se encontró con una reunión de damas y jovencitas, entre las que destacaba una soberbia criatura de formas opulentas y mirada autoritaria; más bella que el claro de luna cuando sale de entre las nubes. Kamel solo la vio un instante, pero una sola mirada fue suficiente para que cayera en las garras de una pasión devastadora, tan tremenda, que perdió el poco sentido y razonamiento que le quedaban. En cuanto a la joven, apenas le divisó, lanzó un alarido como para poner los pelos de punta:

– ¡Horror! ¡Un hombre, un extranjero! –de un salto se arrojó sobre el intruso:

– ¡Sucio asqueroso! ¡borrachuzo de mierda! –le apostrofó– ¡Cómo te atreves a entrar donde las mujeres respetables!

Y, levantando en alto un brazo grueso y musculoso, le propinó una colosal bofetada, que le hizo ver todas las estrellas del firmamento. Brutalmente recuperada la sobriedad, el joven no opuso resistencia alguna y, huyó, pies para qué os quiero, y sin rechistar, a refugiarse en el salón de los hombres.

Cuando entró, todos los asistentes se pusieron en pie en señal de respeto –pues sí; porque Kamel era el hijo de un visir–. Regresó a su sitio y se sentó sin decir palabra, el rostro, rojo como el fuego, y una expresión sombría y melancólica. Al ver que no había vuelto a beber nada, Shâhîn se preocupó:

– ¿Qué tienes Kamel?

– Nada, no me pasa nada –protestó el joven.

– ¡Te conjuro por mi vida, dime lo que te ha pasado! Algo ha tenido que sucederte: hace un momento estabas aquí, con nosotros, bebiendo y divirtiéndote como un loco; sales un instante a aliviarte, y cuando vuelves, ¡traes cara de funeral! ¡Seguro que hay alguna cosa!

En resumen, que Shâhîn y los demás insistieron tanto que el jovenzuelo, finalmente, tuvo que contar su desventura:

– ¡Por Dios, capitán, cuando salí de aquí, estaba un poco confuso!: al regresar, me he perdido y el destino me condujo hacia otra sala. Al ver que se filtraba una luz bajo la puerta, entré por error en el harén. Ya iba a volver rápidamente sobre mis pasos, cuando una joven que había allí me cogió violentamente en un aparte, me trató con los peores insultos, y me asestó la bofetada más fuerte de mi vida. Eso es todo.

– Escucha, Kamel, no tiene importancia –le tranquilizó Shâhîn–. El que hayas entrado sin querer en las habitaciones de las mujeres no es culpa tuya, y yo no le doy más importancia: las más viejas pueden ser tus madres, las jóvenes y las de mediana edad, son tus hermanas. Pero, ¡a la pequeña desvergonzada que se ha atrevido a levantar la mano contra ti, voy a decirle unas cuantas cosas! ¡Y te aseguro que le van a escocer!

– ¡No, te lo ruego, tío mío! –protestó el joven– Por consideración a mí, déjala en paz. Lo pasado, pasado está; no hablemos más...

– ¡Ah, de eso nada! –se rebeló Shâhîn, levantándose– ¡Ahora mismo voy a enseñarle modales!

Dicho y hecho; Shâhîn se levantó y enfiló derecho hacia el salón de las mujeres en donde entró como un torbellino. De inmediato, todas se levantaron.

– A ver, vosotras, decidme; ¿dónde está la insolente que se ha atrevido a dar una bofetada a nuestro invitado? –rugió el viejo capitán Shâhîn.

– He sido yo, padre mío –declaró *Nâfileh adelantándose; pues era ella la que había abofeteado a Kamel–, ¡y ya puede decir que ha sido afortunado de ser nuestro huésped! porque de no ser así, ¡habría cogido la *shâkriyyeh* de mi hermano Dawûd y le habría cortado la cabeza por meterse adonde no debe!

– ¡Qué historias son esas, pedazo de idiota! –se sublevó Shâhîn– ¡Kamel había bebido, y eso le puede pasar a todo el mundo!

– ¡Qué me cuentas! ¿Qué esas cosas las hace todo el mundo? ¡Pues que el padre de ese cerdo asqueroso se pudra en el infierno! Por Dios, habría que haberlo tratado a patadas.

Sobrepasado, Shâhîn, la cubrió de insultos, y luego volvió al salón de los hombres.

– Te ruego que nos disculpes, Kamel –se excusó mientras se sentaba–. Ha sido una pobre muchacha, medio loca que nosotros habíamos recogido por caridad. Ya la he regañado bien; puedes creerme.

Pero el joven Kamel no conseguía recobrar su buen humor. Todo melancólico, seguía silencioso y se abstenía de beber: el amor de su bella abofeteadora se había apoderado enteramente de su corazón, y no pensaba más que en ella.

– ¡Pero, bueno, Kamel, por qué ese ceño! –insistió Shâhîn– ¡Habíamos empezado bien, divirtiéndonos todos juntos, y mírate ahora, todo sombrío, y nosotros contigo! ¡Vamos, no pongas esa cara!

– Escucha, tío mío, ¿de verdad quieres que yo recupere mi buen humor y mi entusiasmo?

– ¡Por mi vida y por la de todos los que están aquí, pues claro que sí!

– En ese caso –prosiguió Kamel–, has de saber que voy a rogarte que me concedas la mano de esa joven; aunque esté loca: ¿podrás evitarme la humillación de un rechazo?

Mas hete aquí que esa petición le venía de perlas a Shâhîn, y colmaba sus más secretos deseos. Por una parte, era cierto que no había ninguna esperanza de que Ibrahim escapara a la muerte; por otra, las tres *jaznehs* de oro le habían puesto los dientes largos; además, Kamel, que era hijo de visir, era en sí mismo un buen partido.

– Hijo mío –le respondió con una sonrisa animosa–, una petición que viene de tan alto rango es un gran honor para nosotros. Ahora, puedo decirte la verdad: la persona en cuestión no es otra que mi hija Nâfileh, la prometida de tu padrino, el capitán Ibrahim.

Ante estas palabras, el joven se quedó atónito y bajó los ojos.

– En ese caso, si ya está comprometida con mi padrino, todo está perdido –murmuró Kamel.

– ¡Ni mucho menos, Kamel! –replicó veloz Shâhîn– Si tienes miedo de Ibrahim, te equivocas. ¿No pensarás que va a seguir con vida después de haber recibido 360 heridas? ¡Para eso haría falta que Nuestro Señor Jesucristo viniera en persona a sacarle del apuro¹! No; si deseas casarte, presenta ahora mismo tu petición. No dejes que Nâfileh se te escape de las manos; a fin de cuentas, tú eres más digno de ella que cualquier otro.

Estas palabras halagadoras no dejaron de hacer mella en el ingenuo joven, ya medio cegado por la pasión.

– Está bien, pues ¡sea! –confirmó– Solo dime cuánto quieres como dote para tu hija: en cuanto haya cumplido con mi misión en El-Horân, regresaré a Hama y te traeré la suma estipulada.

– ¡Espera, espera; que nosotros no damos a nuestras hijas así como así! –respondió Shâhîn, en tono ladino.

– ¡Pide lo que quieras! Como se suele decir: “¡El que codicia una perla, debe de estar dispuesto a pagar su precio!”.

– Bueno, de acuerdo, hablemos francamente: una *jazneh* para mí, otra para mi hijo, y una tercera para pagar el banquete y los gastos de la boda.

– ¡No cabe duda de que, Nâfileh “la Inexpugnable”, bien vale eso! –concedió Kamel– pero, me da un poco la impresión de que tú estás poniendo en práctica ese proverbio que dice: “¡Si quieres casar a tu hija, no temas subir el precio!” ¿Dónde demonios te crees que voy a encontrarlos, tus dos *jaznehs*?

– ¡Cualquiera diría que te estamos poniendo en un aprieto! –exclamó airado Shâhîn– ¿Y esas tres *jaznehs* que traes contigo? Solo tienes que hacer como que jamás las hubieras recibido...

– ¿Te refieres a los fondos que transporto? El problema es que esos fondos tienen un hueso difícil de tragar: ¡esas *jaznehs* pertenecen a mi padrino Ibrahim, y el único derecho que tengo sobre ellas es el de mirarlas!

– ¡No me hagas reír! Ibrahim está condenado; jamás podrá sobrevivir a sus heridas.

– Sí; pero ¿y si se cura y me pide cuentas? ¿Qué podría decirle yo?

– Incluso, si sanara, no sería más que un pobre inválido, incapaz de levantar ni el dedo meñique contra ti.

– Todo lo inválido que tú quieras, pero al menos le quedará la lengua para pedir justicia: el rey me ha entregado estos fondos con sus propias manos, y a la vista de los dignatarios del reino y del gran visir.

¹ La tradición musulmana reconoce y aprecia los poderes de sanación y de resurrección de Jesús.

– ¿Y si te busco una buena jugada para hacerte con estas tres *jaznehs* sin dificultad? – insinuó Shâhîn– ¿Vas a seguir regateando?

– Si tu jugada se tiene en pie, no diré que no...

– ¡Perfecto! Bueno, ahora escucha, Kamel: aquí tenemos tres *jaznehs*. Yo me quedo con una para la dote; mi hijo renuncia a la suya; con lo que nos quedan dos. De esas dos, una, la consagramos para pagar los gastos de los festejos: de ese modo haremos una fiesta espléndida, como debe ser. En cuanto a la segunda *jazneh*, la distribuiremos entre mis hombres, los que se encuentran aquí; entregándoles a cada uno conforme a su rango; a cambio, si Ibrahim se restableciera, o si su padre, después de muerto, se querellara contra ti, ellos testificarían ante el sultán de que tú pasaste por aquí y que, como todos los caminos eran inseguros, nos pediste algunos hombres de escolta para que te acompañaran hasta el castillo de Hasan El-Horâni. Nosotros daremos el nombre de los hombres en cuestión y añadiremos que no te abandonaron hasta el final de tu viaje y que te vieron entregar las tres *jaznehs* al capitán Ibrahim. Desde el punto de vista legal, todo reposa en los testigos: Ibrahim no podrá decir nada. Por otra parte, si muere, nadie se va a preocupar por las tres *jaznehs*, que serán para quien quiera cogerlas...

– ¿Tú crees que eso puede funcionar? –comentó Kamel dubitativo.

– ¿Y por qué crees tú que no iba a funcionar? –se extrañó Shâhîn– Escucha un momento: en este instante ¿tengo yo alguna deuda contigo?

– Seguro que no.

– Pues bien; supón que yo me llevo a estos dos hombres como buenos testigos, y que juran que tú me debes cinco mil bolsas de oro; entonces, ¿tú estarías obligado a devolvérmelas! –prosiguió guiñándoles un ojo a sus hombres– Ahora, decidme: ¿vosotros sois testigos de que Kamel ha entregado las tres *jaznehs* a Ibrahim?

– ¡Claro que sí! –declararon los hombres de Shâhîn al unísono– ¡Hemos visto con nuestros propios ojos cómo Ibrahim recibía las tres *jaznehs* de las manos de Kamel, aquí presente; incluso fuimos testigos de cómo Ibrahim lo recontaba todo hasta tres veces!

– Bueno, Kamel, ¿aún tienes algo que objetar? –preguntó triunfante Shâhîn.

– ¡Nada en absoluto, señor mío! –respondió alegremente el joven.

Amparados por la oscuridad de la noche, sacaron el botín de la habitación acorazada. Kamel entregó en el acto una *jazneh* a Shâhîn, como dote para su hija; la segunda sirvió para sobornar a los falsos testigos, y la tercera, la dejaron aparte para los gastos de la boda.

– Ya que estamos aquí, ¿por qué no firmamos el contrato esta misma noche, en presencia de esta asamblea? –propuso Kamel.

– Entonces, Shâhîn se levantó y se dirigió al harén.

– ¡Eh, Nâfileh, ven acá un momento! –la lanzó nada más entrar– Necesito que me des un poder para firmar tu contrato de matrimonio.

- ¡Qué! –exclamó la joven– Pero, padre, ¿con quién me quieres casar?
- Con Kamel, el hijo del pachá de Hama.
- ¡Ah, ni hablar de eso! –protestó Nâfileh– ¡Cómo se te ocurre! ¿Después de haberme prometido con Ibrahim, el hijo de Hasan El-Horâni, ahora quieres entregarme a ese birrioso cantamañanas?
- ¡Pobre imbécil! Pero ¿qué me andas contando de Ibrahim! –replicó Shâhîn– ¡Ibrahim está a las puertas de la muerte!
- ¡Pues, aunque así fuera, yo no consentiré en casarme con ningún otro! ¡Si Ibrahim muere, me quedaré soltera!
- ¡Cómo, zorrilla, insolente! –estalló Shâhîn– ¿Cómo te atreves a responder a tu padre de esa manera?

Shâhîn comenzó a pegarla; su madre se interpuso y, a fuerza de amenazas, promesas, lloros y mentiras, consiguió doblegar a su hija que, atrapada entre dos fuegos, acabó por dar su consentimiento. Enseguida, mandaron a buscar a una especie de medio sheij que residía en la ciudadela, y que redactó el acta matrimonial, rubricada por ambas partes. A la mañana siguiente, se aceleraron los preparativos para la fiesta, se colocaron los estrados y las mesas, y enviaron invitaciones a todas las ciudadelas y los castillos. Todo esto, naturalmente, se pagaba con el dinero del que se habían apoderado Kamel y Shâhîn. Como se suele decir: “¡Que todo el que tenga hambre, venga a llenarse la panza!”

Con que las tres *jaznehs* de Ibrahim, al final, fueron a parar a las manos de Shâhîn y a la boda de Nâfileh.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.28 – Saad parte en busca de noticias